

El buzón al más allá

Eliana Ramirez Flores



Capítulo 1

El buzón al más allá

Cuando inició aquella locura, pensaba Juvernal ¿Cuándo la gente se volvió tan crédula? Al final, todo lo que ocurrió, fue culpa suya. Hace diez años caminaba sin prestar atención a las calles, a pesar de los zapatos pudo distinguir que pisaba fieros, miró hacia abajo: una rendija lo salvaba de lo que pudo ser una caída al vacío. Un hueco que parecía no tener fin se escondía ahí. En lo que miraba, escuchó un ruido suave, que poco a poco se hacía más fuerte, venía desde lo profundo y de repente sintió un viento que lo empujaba, apartándolo de las rendijas. Se le hizo costumbre pararse sobre las rendijas, perdía varios minutos mirando absorto hacia abajo, no parecía tener fin, el hueco más oscuro que haya visto y siempre votaba una corriente de aire, “como si respirara”, pensó. Intentó averiguar el porqué de la corriente del aire, siempre era de la misma intensidad, iniciaba todos los días a las 9 y sólo duraba diez minutos. Preguntó por todos lados y nadie le dio la razón, el hueco estaba ahí desde siempre, antes de que la ciudad existiera. Era lamentable que un espacio que debería ser tratado como parte del patrimonio, esté tan descuidado, es que acaso era el único que veía el encanto, los demás solo atinaban a tirar cosas que ya no servían, es decir basura. Su intención era proteger el hueco, esparció un simple rumor, al poco tiempo los turistas tomaban fotografías y un pequeño guía les contaba que aquel hueco se utilizaba antiguamente para comunicarse con el mundo del más allá. Poco a poco el agujero fue cuidado de una mejor forma, cómo iba a saber él de que había una nueva secta, que creía que al momento de morir no había nada mejor que tirar el cuerpo al más allá. No pudo impedirlo, los cuerpos de los difuntos empezaron a ser tirados a aquel agujero que comenzó a tragarse todo y al emanar olores pestilentes hubo alguien que aseguró que aquel hueco era una entrada al infierno y se empeñaron en recuperar los cuerpos. Abrieron el buzón y uno de ellos bajó con una soga... los demás se quedaron esperando en silencio, de repente la soga perdió peso, la jalaron, estaba rota, ellos habían desaparecido, habían sido absorbidos por aquel hueco. Juvernal se sentía culpable, “si ellos no hubieran sido tan crédulos...”